

## MISA CRISMAL

*Catedral de La Habana, 26 de marzo de 1996*

De nuevo, la Pascua del Señor viene a renovar en santidad a los hijos de la Iglesia. Cristo, muerto por nuestros pecados en la cruz y resucitado al tercer día, se convierte en la ofrenda única que el Padre aceptará en lo adelante. Ofrenda sacrificial de su Cuerpo entregado, de su Sangre derramada por la multitud, que la noche antes de padecer Jesús quiso instituir en la Cena como memorial del sacrificio de la Nueva Alianza, cuando dio a comer a sus apóstoles del pan partido que es su Cuerpo y les dio a beber del vino, que es su Sangre derramada por todos, diciéndoles que hicieran esto en memoria de Él.

La Cena de Jesús con sus apóstoles se transformó así, de memorial de la Pascua hebrea, en institución de una nueva ofrenda y un nuevo sacrificio y fue también la ocasión para instituir un sacerdocio nuevo, pues Jesucristo confió a sus apóstoles el Sacramento de su presencia y de su entrega.

El sacerdocio ministerial nace en la Eucaristía y para la Eucaristía y la Iglesia, comunidad de redimidos por Cristo, se congrega alrededor de la cena eucarística para perpetuar la ofrenda del único sacrificio que nos salva, el de Cristo en la cruz. Los apóstoles y sus sucesores, por la imposición de sus manos sobre los nuevos presbíteros, aseguran que la misión de convocar a la Iglesia y reunirla, muy especialmente alrededor de la Mesa del Señor, se perpetúe y extienda. Sacerdocio y Eucaristía se reclaman tan estrechamente que el uno dice referencia a la otra y esta no puede existir sin aquel.

El sacerdote debe configurarse a la Eucaristía que celebra cada día; su imitación de Cristo debe ser Eucarística, haciéndose a sí mismo como la ofrenda que presenta cotidianamente al Padre, que no es otra que Cristo entregado por todos, exhausto y desangrado por salvar a la multitud.

Las consecuencias de esta consagración de su vida a Dios deben ser previstas y aceptadas por el sacerdote desde el seminario, pero, a medida que transcurre el tiempo de su ministerio, el presbítero comprende vivencialmente muchas cosas que lo remiten, casi siempre, a la miseria humana, en la cual Jesús se sumergió por su Encarnación. Descubre pronto también el sacerdote sus propios límites y, al mismo tiempo, toma una conciencia creciente de la grandeza de su misión. Llegado a este punto él podrá vivir su ministerio como una aventura exaltante que no tiene similar en la vida de los hombres, pero esto será posible en la medida en que Jesucristo vaya tomando posesión de su ser. El que celebra la Santa Eucaristía «in persona Christi» debe vivir y actuar también siempre «in persona Christi».

Esta sana tensión es la que genera las energías necesarias para crecer espiritualmente, para aguzar la creatividad y no estancarse, para vencer los desalientos y preparar nuevos proyectos pastorales.

Yo sé tan bien como ustedes, queridos presbíteros, que a esta tensión sacerdotal que está en la base de nuestra configuración a Cristo Sacerdote, se agregan en Cuba otras tensiones que provienen de la situación concreta del medio en que nos hallamos. No me refiero solo a las dificultades de orden material, como los problemas de transporte, sino a todo aquello que afecta anímicamente a las personas a quienes ustedes sirven.

El sacerdote escucha asiduamente las angustias que sus fieles llevan al confesonario, y esto debe entrar en su programa de trabajo semanal y en su disponibilidad de cada día; pero además atiende el pastor de almas a muchos hombres y mujeres que se acercan a él necesitados de medicamentos, de alimentos, de orientación o de consuelo. Entre ellos hay católicos y no católicos, bautizados y no creyentes. Las urgencias de tantos seres humanos nos hacen sentir desbordados en nuestra acción pastoral, pero no únicamente a causa del número de personas a quienes debemos servir, sino por la multiplicidad de situaciones personales de difícil o improbable solución que ellos nos presentan y que producen en nosotros un tipo peculiar de preocupación y aun de desgaste.

Es normal que, como cristianos, no seamos indiferentes a los problemas y sufrimientos de nuestros hermanos y, como sacerdotes, nos sintamos llamados a remediar sus males. Sin embargo, un grado mayor o menor de impotencia viene a poner condicionamientos muy serios a cualquier acción nuestra.

¿Qué decir al hombre que quedó sin trabajo y nos viene a ver desesperado? ¿Cómo conseguir con premura el medicamento que una mamá angustiada pide para su pequeño hijo de apenas dos años? ¿Qué hacer para animar al muchacho de quince años que no quiere irse a una escuela en el campo y se queda sin alternativa en sus estudios? ¿Cómo decirle que no a quien me pide a las doce de la noche que lleve en el automóvil hasta el hospital del pueblo vecino a su anciana madre que se ha puesto súbitamente enferma? Y debo además sostener en su decisión de tener su hijo a la señora que, por tener treinta y cinco años, fue declarada embarazada «añosa» y le dicen en el policlínico que tiene que hacerse el aborto, y tengo que despedir con dolor cada pocos días a hombres y mujeres, niños y jóvenes que abandonan definitivamente su país.

En estos días asistimos a la rifa de la vida y del destino de miles de hombres y mujeres que escriben sus nombres en apresuradas cartas con la esperanza de «ser elegidos» para dejar su tierra natal. Pocos resultarán seleccionados, pero todos los que tomaron la decisión de entrar en la rifa de su futuro ya no tienen la mente y el corazón aquí y se instalan en una provisionalidad que puede durar mucho tiempo.

Hacer depender del azar el futuro personal y familiar es trágico, sobre todo para los jóvenes. Quienes tienen algún tipo de compromiso eclesial en la catequesis, en la misión evangelizadora, en el quehacer caritativo y social de la Iglesia, en la animación pastoral de las comunidades abandonan, sin quererlo, su antiguo entusiasmo y su acostumbrada dedicación.

Esta es, tal vez, una de las más grandes preocupaciones de los párrocos y de todo sacerdote: ante el campo inmenso que debe ser cultivado, y a menudo parece listo para la cosecha, ¿dónde están los trabajadores, quién anunciará la Palabra Divina, de dónde conseguiremos catequistas para el seguimiento de quienes han sido iniciados en la fe? La acción pastoral de la Iglesia no se concibe hoy sin la presencia activa de los laicos. Así lo ha declarado nuestro II Encuentro Nacional Eclesial.

Por otra parte, sin un laicado comprometido que sea *sal de la tierra y luz del mundo*, la presencia y la misión de la Iglesia queda forzosamente disminuida.

Cuando se agolpan tantas preocupaciones, cuando estas vienen a añadirse a las cargas pastorales, exigiendo del sacerdote un mayor esfuerzo interior por parecerse

en todo a Cristo, se hace más necesaria una vida de oración anclada en lo esencial de nuestra consagración a Dios en Cristo Jesús para el servicio de los hermanos.

Queridos presbíteros: tenemos que volver siempre, en toda ocasión, en la celebración diaria de la Eucaristía, a la razón profunda de nuestro ser sacerdotal, al llamado personal que nos hizo Jesús, a nuestra condición de servidores que sabemos, cada uno de nosotros, que, por la imposición de manos del obispo, el espíritu del Señor está sobre mí y me ha ungido *para dar una buena noticia a los pobres*. No solo soy el receptor de confidencias dolorosas, o el testigo sufrido de situaciones deplorables, tengo sobre todo una buena noticia que dar. Con nuestra vida, con nuestra palabra, debemos dar la buena noticia de Cristo muerto y resucitado a quienes sufren en su cuerpo o en su espíritu.

La celebración de la Misa Crismal es la ocasión que la Iglesia ha escogido para que los presbíteros renueven sus compromisos sacerdotales que liberan sus corazones para el servicio de los hermanos. En la misma ocasión en que se bendicen los óleos y el crisma que se emplean en la administración de los sacramentos, renuevan los sacerdotes su entrega a Cristo, Buen Pastor, repitiendo su propósito de poner sus vidas a disposición de la Iglesia que el mismo Señor Jesús les ha confiado.

Conviene, que antes de bendecir los óleos, renueven los sacerdotes su decisión de amar y de servir. La materia renovada de los sacramentos, que la Iglesia pone en sus manos, debe ser utilizada por presbíteros que se han renovado en su hombre interior y en su ser sacerdotal.

Al llevar consigo los óleos que vamos a consagrar en esta celebración, recuerden, queridos hermanos en el sacerdocio, que deben ser conservados en sus iglesias en un lugar digno y apropiado, de modo que los fieles puedan comprender que la Iglesia rodea de veneración estos aceites y que todos los fieles cristianos deben tratarlos con respeto. Como lo afirman los Padres de la Iglesia Oriental, de un modo similar a como está presente Cristo Jesús en la Santa Eucaristía, que es el Cuerpo del Señor, así está el Espíritu Santo en los óleos consagrados que se emplean para ungir el cuerpo del Señor que integran los miembros de la Iglesia.

Recuerden también, queridos sacerdotes, que ustedes fueron ungidos con el Santo Crisma y han recibido el Espíritu Santo para bendecir, para presentar la ofrenda del Cuerpo del Señor, para tender sus manos con amor al pobre, al desvalido, al enfermo, para sanar heridas, para perdonar a los pecadores. Que todos puedan reconocer en ustedes, por su dignidad y devoción en las acciones sagradas, a verdaderos dispensadores de los misterios de Dios.

Es el propio ministerio santificador el que nos santificará a nosotros mismos. No separemos nunca nuestra vida de unión con Cristo de nuestros quehaceres pastorales, como si estos fueran simples funciones que, por nuestra misma condición de presbíteros, debemos realizar. El trabajo sacerdotal de cada día, hecho en espíritu de entrega al Padre, será nuestra mayor garantía de fidelidad.

En la Misa Crismal se evidencia el Misterio de la Encarnación del Señor. La Palabra se hizo carne en Cristo Jesús. Dios desciende a lo humano como un mensajero de buenas nuevas y las anuncia a los pobres, a los oprimidos, a los cautivos, a los ciegos. Todo el empeño de Cristo, Buen Pastor, emana de su condición de enviado del Padre para salvar a los hombres.

Hoy debe cumplirse también en nosotros, en favor de nuestros hermanos, esta Escritura que acabamos de oír en la lectura profética y que el Señor resume en el Evangelio. Sabemos que la aceptación de esta misión de servicio trajo para Jesús la consecuencia inevitable de ser el servidor sufriente de una humanidad dolida y herida por la falta de amor, que es el mayor pecado. Y tuvo que aceptar la cruz como vía de rescate de esa multitud de cautivos que Él vino a liberar.

Nuestra configuración a Cristo nunca puede ser completa si en ella no se integra la cruz personal que Jesús invita a cargar sobre sus hombros a todo el que quiera ser su discípulo. Pero la promesa que Jesús hace a los suyos, «donde yo esté estará también mi servidor», se cumple totalmente en la esperanza de la mañana de Pascua y se hará plenitud para cada uno de nosotros cuando Él nos llame a heredar el Reino Eterno y estemos siempre con el Señor.

Entonces será recompensada sin medida, queridos sacerdotes, esa fidelidad que hoy juramos de nuevo al Señor como el día de nuestra Ordenación Sacerdotal.